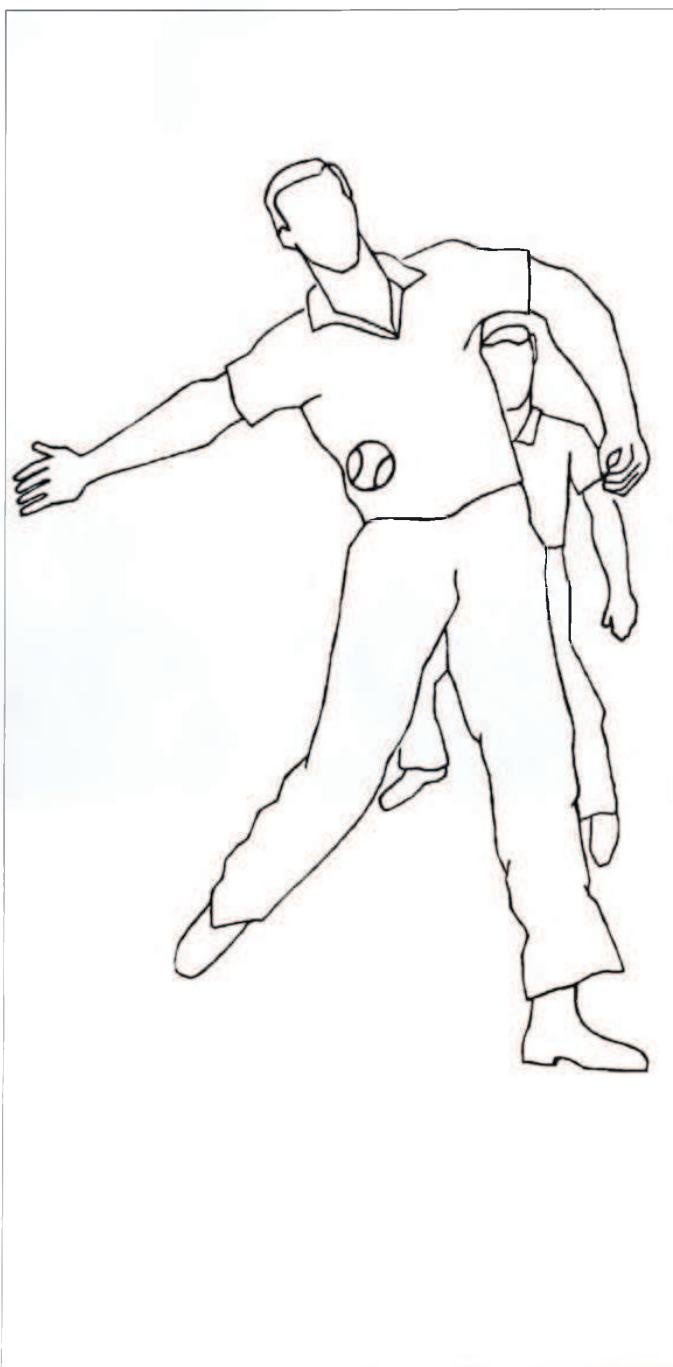


PEÑA Y GOÑI Y LA PELOTA VASCA

Miguel PELAY OROZCO



Antonio Peña y Goñi, literato de nota, intelectual brillante, académico de número de la de Bellas Artes de San Fernando, Comendador de la Orden de Isabel la Católica, Caballero de la de Carlos III, Cruz del Mérito Naval y adjudicatario de otros muchos nombramientos y honores relevantes, conquistó notoriedad ejerciendo el periodismo y especializándose en tres materias tan disímiles como la música, la tauromaquia y la pelota vasca.

Escritor partidario de la precisión, puede decirse que don Antonio recogió en sus libros y artículos lo más sobresaliente del movimiento registrado a lo largo del siglo pasado en los tres campos citados. Por ser ajenos al tema que me propongo tocar aquí, pasaremos por alto los de la música y la tauromaquia, en los que nuestro crítico alcanzó gran predicamento, para centrarnos en el de la pelota. Por cierto que hay unos cuantos libros antiguos relacionados con nuestro país, que a mí me sorprende mucho que no hayan sido reeditados. Especialmente en estas últimas décadas en las que las casas editoriales vascas han lanzado al mercado toda suerte de producciones, tanto en euskera como en castellano: gramáticas, diccionarios, novelas, ensayos, libros de historia, de política, de marxismo, de ecología... Entre estos libros antiguos a que me refiero, agotados desde hace muchísimos años, yo citarí, por ejemplo, "Los inmigrantes prósperos", de Francisco Grandmontagne, y -especialmente en estos momentos en los que se lucha por recuperar el auge que siempre tuvo el deporte vasco por antonomasia- "La pelota y los pelotaris", de Antonio Peña y Goñi. Es éste libro que ha de consultar forzosamente todo aquél que se proponga efectuar un estudio sobre nuestro juego. Fue publicado hace un siglo, el año 1892, en la imprenta de José M. Ducazcal, de Madrid, y parece que un par de años más tarde volvió a editarse aquí, en Donostia. Pero yo supongo que, aunque no sea más que entre los muchos pelotazales que hay actualmente en el país, otra reedición de la obra de Peña y Goñi, tendría una espléndida acogida. Pero, por lo visto, nuestros editores no piensan lo mismo.

La importancia de Antonio Peña y Goñi en la historiografía de la pelota vasca, especialmente en todo lo que se refiere al siglo XIX, es enorme. Sin temor a incurrir en exageración puede afirmarse que no es posible comprender, y mucho menos interpretar, los muchos acontecimientos y evoluciones técnicas que se produjeron en el curso del siglo pasado - que fueron trascendentales en el desarrollo de nuestro deporte y de sus diversas modalidades, tal como hoy son practicadas- sin pasar por Peña y Goñi. Es como una asignatura obligada para el investigador.

Uno de los detalles pintorescos que él nos dió a conocer es que el nombre con el que hoy se conoce en todo el mundo al deporte vasco, fue ideado por Serafín Baroja, padre del novelista don Pío. Serafín Baroja Zornoza, además de ingeniero de minas, era un notable poeta euskérico, autor del libreto de la primera ópera vasca, "Pudente", cuya música era del maestro J.A. Santesteban, así como de la letra de la Marcha de San Sebastián, del maestro Sarriegui. Fue asimismo fundador de uno de los primeros periódicos en lengua vasca, el titulado "Bai, jauna, bai", y pertenecía a la escuela donostiarra de escritores euskéricos, que tuvo su momento de esplendor a fines del siglo pasado y que, junto con el gran Bilintx, agruparía a hombres importantes en el campo de la literatura vasca, como Manterola, Soroa, López Alén, Arzac, los Artola, etcétera. Pero, veamos como surgió ese nombre de "jai-alai" con el que hoy se designa en los cinco continentes a nuestro deporte. Corría el año 1887. Iba a inaugurarse un frontón que acababa de construirse en Ategorrieta. Se trataba de una instalación preciosa, descubierta, con palcos elegantes y un aforo considerable para la época. Su empresario era don Lucio González Iribarne. El nuevo juego de pelota iba a necesitar un nombre. Don Lucio quería que ese nombre fuera un nombre

vasco. Serafín Baroja estaba entonces en candelero; una letra suya acababa de quedar integrada a la Marcha de San Sebastián, de Raimundo Sarriegui. El empresario se acerca un día al poeta y él pide un nombre vasco para el nuevo frontón de Ategorrieta. y el poeta le da ese de Jai alai (Fiesta alegre, en castellano). En puridad, puede que la denominación no sea enteramente adecuada para designar al juego vasco, ya que la pelota tiene siempre un signo dicotómico y hasta diría que dramático por cuanto supone de enfrentamiento y de lucha, de vencedores y vencidos. Por añadidura y como decía Unamuno, "el dinero anda de por medio sazonzando la pasión".

Así pues, de un lado está, efectivamente, la alegría; pero del otro y como contrapunto inevitable, la tristeza. Y en el fondo late siempre el enardecimiento, la vehemencia...Mas, en cualquier caso, adecuado o no, el hecho es que el tal nombre posee dos ingredientes muy importantes: uno visual -Oteiza concede siempre mucha importancia a este factor de la visualidad en la elaboración y en el aspecto de la palabra escrita-. Y, evidentemente, la expresión "jai alai" resulta grata para el lector. El otro ingrediente es el de la eufonía y también resulta evidente que la palabra "jai alai", al ser pronunciada de viva voz adquiere una especie de musicalidad rimada, ciertamente atrayente. Puede que aquí residiera el secreto de que la palabra ideada por Serafín Baroja hiciera fortuna.

Porque el hecho es que al "Jai alai" donostiarra le fueron sucediendo otros jai-alais: el madrileño, el de Zaragoza, el de La Habana, el de México, el de Miami, el de Shangai, el de Manila y el de otras mil ciudades desparramadas por el mundo. Como dato curioso señalaré que el nombre concebido por don Serafín ha figurado en el callejero de Caracas, donde, como es sabido, no hay nombres de calles sino de esquinas, de cuerdas o manzanas. Pues bien, una de estas esquinas llevó el nombre de Jai Alai, incluso muchos años después de desaparecido el frontón epónimo, construido medio siglo atrás, al Este de la ciudad. Y hubiera seguido llevándolo si no fuera porque el crecimiento arrollador de Caracas, con sus inevitables obras de vialidad - autopistas, avenidas, tréboles, pasos elevados, subterráneos, etcétera - cambió por completo la fisonomía de la zona, desapareciendo las manzanas que allí existían. Y con ellas, las esquinas. Y con las esquinas, sus nombres...

